

EL NACIONALISMO POPULISTA

El movimiento¹

La historia de la corriente populista del nacionalismo es casi tan compleja como la del nacionalismo restaurador. También existen ciertas dificultades relativas a la cuestión de cuáles autores y agrupaciones deben ser considerados como integrantes de esta tendencia. A menudo se tiene la impresión de que el nacionalismo populista anterior a 1943 se habría reducido exclusivamente a las ideas y actividades del grupo FORJA. Sin embargo parece más correcto incluir en esta categoría ideológica también a otros escritores políticos. Se trata de personas, cuyos aportes se produjeron antes de la fundación de FORJA en algunos casos, e independientemente de esta organización en otros. En este contexto creo que deben ser ubicados M. Ugarte, M. Ortiz Pereyra, A. Baldrich, S. Taborda y J. L. Torres.

Manuel Ugarte, importante escritor y publicista socialista, ya había intentado introducir, infructuosamente, la idea de un latinoamericanismo antiimperialista —especialmente dirigido contra los Estados Unidos— en el Partido Socialista argentino. Esta iniciativa se remontaba a los años que precedieron a la Primera Guerra Mundial. Sus extensos viajes por América, sus discursos y artículos periodísticos lo convirtieron en una figura destacada de los círculos literarios, aunque sus ideas no lograron penetrar profundamente en los partidos organizados. De todos modos resultó innegable una cierta influencia de Ugarte sobre sectores del movimiento estudiantil posterior a 1918. Muchas de sus concepciones muestran a este autor como un precursor del nacionalismo populista, tal como luego fue desarrollado por FORJA. Sus más importantes libros relativos a esa temática aparecieron antes de 1930 y fueron editados en España: *El porvenir de la América Española* (1910), *Mi campaña hispanoamericana* (1922); *El destino de un continente* (1923) y *La Patria Grande* (1922).

Manuel Ortiz Pereyra fue el más notable representante de la idea de la "liberación económica" en el radicalismo yrigoyenista de los años veinte. Sus concepciones tuvieron una gran influencia sobre los debates parlamentarios relacionados con la cuestión del petróleo, y

su estilo literario —directo e irónico— fue más tarde imitado por Arturo Jauretche. Ortiz Pereyra fue uno de los primeros colaboradores de FORJA; sus dos obras más importantes son: *La Tercera Emancipación* (1926) y *Por nuestra redención cultural y económica* (1928).

El general ingeniero Alonso Baldrich perteneció al grupo de oficiales que, encabezado por el general Mosconi, y fomentado por los gobiernos de Yrigoyen y de Alvear, tuvo decidida gravitación en la organización de Yacimientos Petrolíferos Fiscales y en la defensa de esta institución clave de la economía nacional contra sus críticos argentinos y extranjeros. Desde 1926 Baldrich mantuvo una violenta polémica contra los intentos de empresas británicas y estadounidenses que querían ampliar su participación en el negocio petrolero argentino, reduciendo el área de acción de YPF. En relación con esto Baldrich propugnaba la cooperación de todos los Estados iberoamericanos. Su posición, que coincidía básicamente con las tesis de Ortiz Pereyra, se resume nítidamente en una conferencia que publicó en 1934: "El problema del petróleo y la Guerra del Chaco".

Saúl Taborda fue un original pensador y pedagogo, cuyas raíces espirituales pertenecían al movimiento universitario reformista de 1918. A partir de fines de la década del veinte Taborda desarrolló una interpretación democrática de la tradición iberoamericana, concepción que encontró una primera manifestación en su obra *La crisis espiritual y el ideario argentino* (1933). En el año precedente el autor había fundado un círculo cultural de corta vida: FANOE (Frente de Afirmación del Nuevo Orden Espiritual). Otras ideas suyas tuvieron la revista *Facundo* como vehículo de difusión.

José Luis Torres fue el combativo periodista —él mismo se designaba como "agitador"— que acuñó la frase "década infame". A la edad de 22 años ya dirigía un pequeño periódico provincial en Tucumán, convirtiéndose también en colaborador del gobernador tucumano J. L. Nogués (1932-1933), original figura de extracción tradicional, pero lleno de empuje reformador. Cuando este gobierno quiso gravar la industria azucarera con un nuevo impuesto fue difamado por la prensa conservadora como "comunista" y "traidor" a su propia "clase social".² La intervención federal produjo el rápido fin del gobierno provincial y del impuesto. En los años siguientes Torres se convirtió en uno de los más punzantes críticos del régimen oligárquico; varios escándalos de corrupción y una gran evasión impositiva del trust Bemberg fueron descubiertos por él. En 1940 publicó *Algunas maneras de vender la Patria*, y en 1943 *Los Perduellis - Los enemigos internos de la Patria*. Muy independiente en su actividad,

Torres mantenía relaciones amistosas tanto con el prestigioso dirigente socialista Alfredo L. Palacios, como con el general J. B. Molina y el equipo redactor del diario *Cabildo*. Pero el contenido de sus artículos y libros se ubica en la corriente populista.

El núcleo organizado del nacionalismo populista surgió en un pequeño grupo de la juventud radical, el cual participó entre 1931 y 1935 en las luchas internas de la UCR, intentando (sin éxito) eliminar la influencia de Marcelo T. de Alvear en la conducción del partido. M. Ortiz Pereyra, A. Jauretche y Homero Manzi fueron especialmente activos en esta etapa. Pero finalmente pudo imponer el sector alvearista. Como respuesta combativa a esta evolución que consideraban nefasta, los jóvenes disidentes se reunieron el 29 de junio de 1935 en Buenos Aires y fundaron la Fuerza de Orientación Radical de la Joven Argentina (FORJA). En su primer manifiesto atacaron a "las oligarquías" y a "los imperialismos", exigieron la restauración de "la soberanía del pueblo" y declararon que solamente FORJA representaba el verdadero radicalismo y, simultáneamente, el auténtico nacionalismo argentino. El 2 de setiembre de 1935 publicaron otro Manifiesto al Pueblo de la República, que contenía una lista bien documentada de acusaciones dirigidas contra el gobierno de Justo. El primer presidente de la pequeña organización fue Luis Dellepiane, hijo del que fue Ministro de Guerra de Yrigoyen. Entre los activistas más destacados se contaron Arturo Jauretche, que en 1933 había participado del trágico levantamiento del coronel Bosch; Jorge del Río, un periodista que provenía del ala izquierda del socialismo y Raúl Scalabrini Ortiz.

Resulta difícil sobreestimar la influencia de Scalabrini Ortiz, primero sobre los forjistas, y más tarde sobre sectores cada vez más amplios de la opinión pública argentina. En 1931 se había hecho un nombre como escritor con una magistral interpretación literaria de la psicología del porteño: *El hombre que está solo y espera*. Dos años después colaboró con un levantamiento radical y fue encarcelado. En 1934 debió viajar a Europa. Allí publicó una serie de artículos periodísticos ("La tragedia argentina") con la que comienza su definida actuación como ensayista político-económico. Ya de regreso en nuestro país, Scalabrini se dedicó a la investigación de las relaciones entre economía y política. Sus trabajos fueron difundidos por los folletos de FORJA y a través del diario *Señales* (1935-1936). Junto con L. Dellepiane redactó en 1938 *Petróleo e imperialismo*, y en 1940 pudo publicar los dos libros que fueron más importantes para el desarrollo del nacionalismo populista: *Política británica en el Río de la Plata e Historia de los ferrocarriles argentinos* (tomo I).

Durante la primera fase de su evolución (1935-1940) FORJA siguió integrando lo que podría denominarse el ala "intransigente" o "dura" del radicalismo. Pero los forjistas mantuvieron también crecientes contactos con personas y grupos políticamente afines que pertenecían a otros partidos u organizaciones.

Así, FORJA apoyó, con sus escasos medios de difusión, la comisión parlamentaria que investigó la industria frigorífica bajo la dirección de Lisandro de la Torre, a pesar de haber sido este demoprogresista un antiguo adversario de Yrigoyen. En lo referente al área más amplia de Latinoamérica, FORJA saludó con entusiasmo la política nacionalista que inauguró el presidente mexicano Cárdenas en la explotación petrolera. Esta simpatía constante con la Revolución Mexicana era una de las numerosas diferencias que existían entre nuestros nacionalistas populistas y la corriente de los restauradores. Los forjistas mantenían también relaciones con el APRA peruano, conducido por Raúl Haya de la Torre, así como con el nacionalista boliviano Víctor Paz Estenssoro. La base ideológica de todos estos contactos se encontraba en la común crítica a las estructuras oligárquicas de la política latinoamericana y en el antiimperialismo. En este último aspecto se daban también coincidencias parciales con algunos representantes de la tendencia restauradora, especialmente en el círculo de los hermanos Irazusta. Ernesto Palacio, en su libro *La historia falsificada* (1939), Bruno Jacovella en diversos artículos, y José María Rosa (hijo) con *Defensa y pérdida de nuestra independencia económica* (1943) se acercaron a las tesis populistas de FORJA, de las que ya no habrían de separarse en su futura evolución política.³

FORJA no fue en sus orígenes más que un pequeño círculo de académicos modestos, estudiantes, empleados y periodistas que se reunían en un sótano alquilado. Pero la incansable propaganda callejera y la calidad de sus publicaciones hicieron cierta impresión al correr de los años. En varias localidades bonaerenses y en las provincias surgieron secciones forjistas. Diversos periódicos y revistas —de aparición irregular— fueron publicados por el movimiento: *Cuadernos de FORJA*, *Argentinidad*, *Forjando*, *Reconquista* y *La gota de Agua*. Organos de gran tirada, comparables a los diarios restauradores *Crisol*, *El Pampero* y *Cabildo* no acompañaron al forjismo. El movimiento también seguía una política sindical diferente a la de las ligas del nacionalismo restaurador. En vez de intentar la fundación de sindicatos estrictamente "nacionalistas", los forjistas difundieron su ideario en algunas organizaciones socialistas y sindicalistas ya existentes, donde lograron la adhesión de un grupo de activistas jóvenes, en el que se destacaron L. Caparrós (industria del vidrio), A. Ejivoji (portuarios) y L. Ferrari (empleados públicos).

FORJA se concentró casi exclusivamente en la problemática argentina y latinoamericana; también en esto se hace evidente la dife-

rencia con respecto al nacionalismo de derecha. En la polémica relativa a la Guerra Civil Española FORJA se mantuvo neutral, lo cual le valió el epíteto de "fascista" en los medios alvearistas y la sospecha de filozquierdismo en el ambiente restaurador. Una postura similar —la del neutralismo auténtico, carente de connotaciones filofascistas— fue la que mantuvo el nacionalismo populista durante la Segunda Guerra Mundial bajo el lema "Patria, Democracia, Neutralidad". Pero en octubre de 1940 se produjo una escisión. Dellepiane y un sector de los integrantes de FORJA reclamaron un acercamiento definido a la posición oficial de la UCR, que era claramente probritánica, mientras que Jauretche y sus seguidores —la mayoría— exigieron la autonomía total.

Esta línea terminó por prevalecer, al separarse muchos simpatizantes radicales del forjismo. En los años siguientes se reforzó en Jauretche, que ahora conducía la organización, la convicción de que la dirección del radicalismo había traicionado los ideales de Yrigoyen, y de que sólo un golpe de Estado, de signo popular, podía destruir el régimen instaurado en 1930. En 1942 Jauretche escribió una larga e interesante carta a un viejo político radical, en la que expresó un juicio lapidario sobre la realidad nacional:

"(...) muerto Yrigoyen y muerto Uriburu, se trabaja en los dos bandos para pacificar el país en la legitimación del 6 de setiembre y de las entregas que le suceden. (...) Pregunto yo: ¿Cómo unir a los estafados, que forman la Nación, con los estafadores?"⁴

Los temas

Un método

"Por eso he dicho antes que la tarea de FORJA no fue la formulación de una doctrina y menos de una ideología, sino dirigir el pensamiento nacional hacia los hechos concretos y sus implicancias económicas, sociales y culturales propias (...). Se era liberal, se era marxista o se era nacionalista partiendo del supuesto de que el país debía adoptar el liberalismo, el socialismo o el nacionalismo y adaptarse a él (...). La tarea de FORJA fue (...) contribuir a una comprensión en que el proceso fuera inverso y que las ideas universales se tomaran sólo en su valor universal pero según las necesidades del país y según su momento histórico las reclamasen (...). En una palabra, (...) hacer del pensamiento político un instrumento de creación propia (...)."⁵

Estas palabras de Jauretche definen con notable precisión el método de análisis que caracterizó al nacionalismo populista. Ya en los años veinte hubo esbozos de tal enfoque en los escritos de Ortiz Pereyra y Ugarte, autores que criticaron duramente el afán imitativo

de los intelectuales y políticos latinoamericanos de su tiempo. Ugarte señalaba que mientras él pretendía adaptar las ideas generales y universales a "nuestras necesidades", sus adversarios dentro del socialismo creían poder introducir las necesidades reales en el molde de aquellas ideas recibidas de Europa. Esto producía "el adormecimiento de los pueblos en una atmósfera de imitación".⁶

La diferencia entre esta actitud y la del nacionalismo restaurador es muy grande. Ambas tendencias nacionalistas se veían a sí mismas como intentos de crear un nuevo consenso argentino, adecuado a la época, ya que la crisis mundial había destruido los supuestos del consenso decimonónico. Pero la tendencia restauradora —al igual que el socialismo y el comunismo— había recibido un sello deformante con su aceptación acrítica de los modelos ideológicos europeos. Esto complicaba y endurecía las tensiones existentes en la sociedad argentina, en vez de contribuir a su esclarecimiento y superación creadora. En cambio los populistas creían que un consenso políticamente original y eficaz debía ser construido sobre la base de la coincidencia en algunas pocas pero decisivas cuestiones concretas de la política y la economía argentinas. En cierto modo esta convicción puede ser interpretada como una versión criolla del pragmatismo anglosajón, en contraposición a la política de las audaces cosmovisiones exclusivistas que caracteriza la vida de la Europa Continental. En general, una concepción tan directamente orientada hacia la práctica era algo inusual para la opinión pública argentina, no menos que para la de los países latinos europeos. El nacionalismo populista no formuló una filosofía de la historia elaborada, ni una metafísica, como lo hizo la corriente restauradora. Jauretche escribe en sus memorias que él y sus amigos leían la literatura de combate de esa época, sobre todo las obras de autores marxistas y las de diversos ensayistas norteamericanos e hispanoamericanos que se ocupaban del "imperialismo". Sin embargo, no se sentían del todo satisfechos, porque esos trabajos no reflejaban la realidad argentina.⁷ De allí la exigencia metodológica que Scalabrini Ortiz expresó brevemente: "hacer pie en el terreno firme de los hechos concretos y de las realidades efectivas: realidades históricas y realidades económicas".⁸

Pueblo, nación y tradición

Mientras que para el nacionalismo restaurador la historia era el producto de la acción de líderes y elites, para los populistas ocupaba el centro de la escena el concepto de "pueblo", en el sentido de la abrumadora mayoría de la población. El manifiesto fundacional de FORJA declaraba:

"Que el proceso histórico argentino en particular y latinoamericano en general, revelan la existencia de una lucha permanente del pueblo en procura de su Soberanía Popular, para la realización de los fines emancipadores de la Revolución Americana (...)." ⁹

América Latina viviría aún en condiciones "coloniales", pero la liberación sólo tendría lugar a través de la "acción de los pueblos". Ernesto Palacio, que en 1930 había sido un apologista de las minorías "selectas", redescubrió en 1939 los fundamentos de la concepción democrática de la política: la "fe en el pueblo". Ahora afirmaba que la historia vivida enseñaba una lección importante: "los procesos de corrupción se originan en las clases dirigentes (...) y no al revés; y (...) los procesos de renovación benéfica siguen generalmente el camino inverso". ¹⁰ De manera parecida, pero más apasionadamente, había glorificado Saúl Taborda en 1935 la protodemocracia, inorgánica pero enraizada en el pueblo, que encarnaron los caudillos federales del siglo XIX. Para Taborda, este elemento "facundico" sería el núcleo de la verdadera tradición popular y el heredero del espíritu de la Guerra de Independencia contra el absolutismo borbónico. ¹¹ También en Ramón Doll se encuentra la interpretación populista de los caudillos, en quienes ve a los auténticos representantes de las "masas populares", opuestas a una "clase dirigente" egoísta y entregada al extranjero. ¹² Pero en primera línea estaban las figuras de Rosas e Yrigoyen, quienes eran admiradas como estadistas identificados con el pueblo y con una política independiente.

Manuel Gálvez, que en su momento también estuvo identificado con la tendencia restauradora, escribió dos biografías muy exitosas sobre ambos personajes. En lo que respecta al dictador federal, sus conclusiones se concentraban, no en los aspectos reaccionarios o arcaizantes de esa figura, sino en su trascendencia innegable para todo nacionalismo:

"Don Juan Manuel de Rosas no ha muerto. Vive en el alma del pueblo, al que apasiona su alma gaucha, su obra por los pobres, su defensa de nuestra independencia, la honradez ejemplar de su gobierno (...). Y vive sobre todo en el rosismo, que no es el culto de la violencia, como quieren sus enemigos, o como acaso lo desean algunos rosistas equivocados. Cuando alguien hoy vitorea a Rosas, no piensa en el que ordenó los fusilamientos de San Nicolás, sino en el hombre que durante doce años defendió, con talento, energía, tenacidad y patriotismo, la soberanía y la independencia de la Patria contra las dos más grandes potencias del mundo." ¹³

Aun más cercana y nítida parecía la ya legendaria figura de Hipólito Yrigoyen. Los forjistas tenían la convicción de que ellos cons-

tituían la generación destinada a realizar "la Argentina grande y libre soñada por Hipólito Yrigoyen". ¹⁴ Pero el contenido de este sueño de ninguna manera equivalía a las formulaciones literarias y dogmáticas de un Meinvielle o de un Genta. Se trataba de aquello que ya estaba esbozado en la política yrigoyenista y que formaba la esencia de los reclamos populares: "sufragio libre", "sentido social", "neutralidad" en los conflictos de las grandes potencias y la reivindicación de la "soberanía económica". Para Jauretche era un axioma que "comprendido Yrigoyen, todo nacionalismo deviene radical". ¹⁵

Este cuadro sin duda implicaba una simplificación y al mismo tiempo una idealización de los procesos históricos reales. Y sin embargo, la autenticidad de su núcleo concreto fue reconocida en 1940 hasta por algunos antiguos uriburistas. Por eso Gálvez escribía:

"(...) pero otros nacionalistas comprenderán que si alguien hizo obra esencialmente nacionalista fue Hipólito Yrigoyen (...), su nombre será una bandera para todos los que deseamos menos diferencias entre las clases, para los que creemos que el Espíritu debe primar por sobre los valores materiales y para los que soñamos con ver a la Patria libre de las garras extrañas que la han privado de su independencia económica y moral". ¹⁶

Si bien todos los nacionalistas valoraban la tradición y la historia como importantes componentes de la conciencia nacional, también despertaba crecientes críticas el rígido tradicionalismo de la tendencia restauradora. En un claro acercamiento al populismo, Bruno Jacovella se declaró en 1940 opuesto a toda "reacción", a pesar de que esa posición era predicada con entusiasmo por sus colegas de la revista *Nueva Política*. Para Jacovella esa era una ideología, que quizá fue buena en una época, pero que actualmente estaba "definitivamente muerta y enterrada". Este autor se atrevió a decir abiertamente una verdad que muchos nacionalistas restauradores fingían ignorar: las ilusiones coloniales y absolutistas no eran sostenidas por "ninguna clase, ni joven ni gastada", sino sólo por "grupos adventicios e intelectuales". ¹⁷ Estos últimos encontraban graves "errores de doctrina" en la obra de Scalabrini Ortiz: Sáenz y Quesada se quejaba de la pretensión populista de que Argentina fuese "un país nuevo"; recordando los cuatro siglos en "Indias" y los "doce de cultura católica en España". ¹⁸ Contra esta concepción estrecha y ultraconservadora de la nación se dirigió Scalabrini Ortiz en 1941, al afirmar lo que sigue:

"Dediquemos nuestra inteligencia y nuestro trabajo a resolver, ante todo, el hambre y la angustia de la desesperanzada muchedumbre argentina. En ella caben todas las voluntades, todas las religiones, todas las razas. Lo único imposible es escapar al destino histórico en que esa muchedumbre está comprendida." ¹⁹

Para el populismo, la nación era una síntesis no dogmática y abierta al futuro, compuesta por varias líneas tradicionales que se integraban en una unidad superior:

"No admitimos que la verdad sea patrimonio exclusivo de una determinada línea étnica o cultural, y menos aún de una escuela dentro de ella. Por otra parte aspiramos para la cultura argentina a un destino más rico que el que pueda señalarle una sola parte de su pasado. (...) Nos iniciamos en la formación de la nueva cultura que goza de las ricas aportaciones hispánica y romana, pero no está sometida a la necesidad de soportar las restricciones y errores que han causado la decadencia del espíritu romano e hispánico."²⁰

En una conversación con nacionalistas restauradores, Jauretche formuló con gran claridad la posición que caracterizaba su tendencia frente al concepto de nación que sostenían sus interlocutores:

"El nacionalismo de ustedes se parece al amor del hijo junto a la tumba del padre; el nuestro, se parece al amor del padre junto a la cuna del hijo, y esta es la substancial diferencia. Para ustedes la Nación se realizó y fue derogada; para nosotros, sigue todavía naciendo."²¹

El "régimen": seudodemocracia e imperialismo

Ya en 1934, cuando posiciones de este tipo no eran bien recibidas en el nivel oficial, el general Baldrich caracterizó al que consideraba el adversario fundamental de la nación en términos que poco después adoptaría FORJA. El militar señaló que el auténtico nacionalismo no debía reducir su contenido a la lucha "contra el comunismo y la anarquía", sino que debía implicar la oposición decidida a los "trusts", que buscaban "monopolizar" las fuentes de la riqueza y "dominar" a los pueblos incautos que les abrían las puertas. Concluyó afirmando que una nación "económicamente dependiente" de otra no era un verdadero Estado, sino una "colonia", o "feudo", aunque tuviese "los signos exteriores de la soberanía".²² Esta fue, en esencia, la imagen que todos los populistas se hacían de uno de sus grandes enemigos. Con respecto al segundo, FORJA sostuvo una polémica durísima contra las condiciones seudodemocráticas de la Argentina de su tiempo. Oficialmente se hablaba de una "normalidad institucional", pero esas instituciones no se basaban en el sufragio libre. Decía Jauretche:

"La habilidad del Régimen, ahora y antes, consistió siempre en crear un aparato legal para canalizar la protesta del pueblo y después (...) acostumbrar al pueblo despojado a reverenciar el aparato del despojo. (...) Quiero llegar a esto: hay dos Argentinas, una conservadora que no quiere que ocurra nada, y en la

cual está incluido el actual [1942] radicalismo. Esa Argentina tiene una apariencia poderosa porque maneja las estructuras oficiales de los partidos, el periodismo, la radiotelefonía, los gobiernos, pero esa Argentina no tiene vitalidad alguna, es un edificio caduco, subsiste por inercia porque en ella ya no creen ni los que la forman. Y hay una Argentina subterránea (...)."²³

La "oligarquía" conservadora era denunciada como "agente" del imperialismo. Con violencia y fraude se habría instaurado desde 1930 la "dictadura política" de una minoría y al mismo tiempo la "tiranía económica" de los capitalistas extranjeros.²⁴ En este contexto la crítica forjista se dirigía contra una serie de medidas e instituciones, que formaban para el populismo un "Estatuto del Coloniaje": el Banco Central, el Instituto Movilizador, la coordinación de los transportes, las Juntas Reguladoras de la producción, el Pacto Roca-Runciman, la política petrolera, las intervenciones arbitrarias en las provincias y el silenciamiento de opiniones opositoras.²⁵ El lenguaje de FORJA era el de la agitación política, pero los polémicos planteos que el grupo lanzó a la calle no carecían de una base documental, a menudo nada despreciable. Gran parte de ese material pudo resistir la respuesta del otro bando y pudo ser luego integrado a la investigación científica de este período de nuestro pasado (v. págs. 103-111). Conviene recordar que muchas denuncias del forjismo coincidían con los discursos y escritos de destacados parlamentarios argentinos como lo fueron Lisandro de la Torre, Benjamín Villafañe y Alfredo Palacios, hecho que se hace más significativo aún si se tiene en cuenta que los nombrados no pertenecían al mismo partido político. Más allá de la forma literaria apasionada, no puede soslayarse el núcleo real de requisitorias como la siguiente:

"Jorge Canning escribía en 1824: 'La América Española es libre y si nosotros los ingleses manejamos nuestros negocios con habilidad, ella será inglesa'. (...) Cien años después, la obra de dominación ha quedado completada y perfeccionada:

INGLESES son los medios de comunicación y transporte.
 INGLESAS las empresas monopolizadoras del comercio exterior. (...)
 INGLESAS las más grandes estancias de la República.
 INGLESAS las mejores tierras de la Patagonia.
 INGLESAS todas las grandes tiendas. (...)
 INGLESAS son las voluntades que manejan la moneda y el crédito desde el Banco Central. (...)
 INGLESAS 'son' las Islas Malvinas y las Orcadas. (...) tal esclavización de un pueblo (...) sólo ha sido posible por la permanente y traidora entrega del país, realizada por nuestra oligarquía."²⁶

El catálogo de las acusaciones fue ampliado por J. M. Rosa (hijo) en 1941, al advertir éste a sus lectores que incluso la joven in-

dustria argentina dependía, en considerable medida, de “consorcios extranjeros”, ya que operaba “con capital, dirección administrativa y técnica extranjera y muchas veces hasta mano de obra extranjera”. Esta era la más moderna forma del “imperialismo económico”.²⁷ Uno de los problemas básicos que planteaba FORJA era el hecho de que la más poderosa institución financiera del país —el Banco Central—, y los fortalecidos oligopolios de las Juntas no estaban sometidos al control de una representación política que fuese auténticamente democrática.

En cambio se daban casos tan increíbles como el del doctor Le-guizamón, quien intervino en el Pacto Roca-Runciman como funcionario argentino, ocupando además un destacado puesto en una empresa ferroviaria británica. De allí los irónicos comentarios de los populistas con respecto al corporativismo propugnado por los nacionalistas restauradores. Jauretche declaraba que ese sistema ya existía en el país: la legislación de la Concordancia había despojado al poder político de todas las atribuciones esenciales, traspasándolas a diversas “corporaciones” de personas que representaban “intereses económicos”.²⁸ También la política impositiva del gobierno correspondería a esa situación.²⁹ Los costos sociales del corporativismo “real” de la “década infame” eran soportados por determinados estratos de la población, los cuales fueron definidos de la siguiente manera por Scalabrini Ortiz y J. L. Torres: los desnutridos campesinos del Noroeste, cuyos niños debían comenzar el día sin desayuno; los obreros mal pagados de las “villas-miseria” urbanas, y los desocupados, carentes de apoyo estatal.³⁰ En un llamado emotivo, cuya retórica simplificada recuerda a la de la Revolución Francesa, el nacionalismo populista declaró:

“De un lado está la nación entera (...) sin distinción de jerarquías, del otro sus explotadores extranjeros y sus representantes locales.”³¹

Los objetivos: democracia, autonomía económica y solidaridad iberoamericana

FORJA se consideraba a sí misma como la célula nuclear de un movimiento que conectaba la lucha nacional contra la dominación extranjera con las exigencias populares de mejoras socioeconómicas y participación política. Este movimiento debía permitir, en un futuro cercano, la victoria de la “Argentina subterránea” —“joven, vigorosa, caótica aún”³²— y la realización de sus objetivos, resumidos en el trilema “Patria, pan y poder al pueblo”. Una y otra vez los nacionalistas populistas acentuaron la afirmación de que la fuente del poder legítimo sólo se encontraba en la “soberanía del pueblo”.³³

En una formulación que sonaba a herejía a los oídos de los restauradores dogmáticos, Saúl Taborda decía que el pueblo, en una evolución histórica irreversible había “expropiado al príncipe”. La gran tendencia universal de la democracia seguía marchando hacia “una realización efectiva del principio de la igualdad”.³⁴ De ninguna manera los forjistas querían que se los confundiese con los grupos abiertos o encubiertamente fascistas:

“(... FORJA) ratifica su fe en que la democracia es el único régimen político que asegura la paz, la dignidad humana y el progreso de los pueblos: en consecuencia, repudia todos los imperialismos y no acepta la intromisión en nuestras instituciones nacionales de los extremismos de derecha o de izquierda, que son incompatibles con la idiosincrasia del pueblo argentino y que pretenden servir intereses políticos extraños a la argentinidad”.³⁵

Pero también era una convicción del populismo la tesis de que el entonces existente “aparato de la finanza, del periodismo, de la Universidad”, etc., no servía a los intereses de la mayoría, y era por ello necesaria su radical transformación.³⁶ En cuanto a la estructura del Estado argentino, FORJA reclamaba la instauración de un auténtico federalismo, al que consideraba consustanciado con la tradición nacional.³⁷ Ya en 1933 Taborda había escrito:

“(...) parece evidente que el sistema unitario, al reforzar el centralismo político reforzaría también el centralismo económico. [...] Esto] tendría la virtud de supeditar el desarrollo industrial de las provincias del interior a las conveniencias de las provincias del litoral. (...) Hacer efectivo nuestro federalismo, ahora nominal, significa liberar al trabajo todas las fuentes de riqueza de la República; es (...) por encima de todo, hacer posibles los fines de la democracia”.³⁸

De manera parecida, los forjistas postulaban la indestructible ligazón entre el objetivo de la “emancipación económica” y el de la “justicia social”. Pero la prioridad temporal correspondía al primero: de la Argentina “colonial” debía surgir una “Argentina Libre”.³⁹

“(...) es fácil ver que el problema previo a la distribución justa de los bienes es que seamos dueños de ellos, (...), así, toda demanda de justicia social se identifica con el nacionalismo y no hay posible concepción nacionalista en un país colonial que no lleve implícita la demanda de justicia social”.⁴⁰

Scalabrini Ortiz y J. L. Torres exigían “reconquistar el dominio político y económico de nuestra propia tierra” y la resolución urgente de “los problemas populares atinentes a la alimentación, vestido y vivienda”.⁴¹ Esto implicaba la aceleración del proceso de industrialización, cosa que los populistas consideraban dificultada seriamente por los “órganos corruptos del Estado”.⁴² Con esto se aludía ante

todo a la política crediticia del Banco Central, muy poco generosa con el sector industrial de nuestra economía. El nuevo Estado no debía servir a la oligarquía tradicional, pero tampoco convertirse en un instrumento de dominación totalitaria:

"(...) mientras aquellos [totalitarismos] se proponen hacer del hombre un instrumento del Estado, como en Italia, o de la raza como en Alemania o de una categoría histórica como en Rusia, nosotros nos proponemos hacer un Estado defensor de la libertad del hombre para que éste se realice en plenitud, es decir, (...) dar vuelta al vigilante para que, en lugar de cuidar que la libertad del hombre no lesione a los dueños de lo económico, cuide de que los dueños de la economía no lesionen la libertad del hombre".⁴³

La Argentina así constituida no habría de ser el objetivo último del nacionalismo populista, sino una etapa importante en el camino hacia una comunidad supranacional de los pueblos latinoamericanos, idea que encontró su gran expresión literaria en las obras de Manuel Ugarte. Este autor subrayó el hecho de que la "nacionalidad argentina" no podría nunca realizarse plenamente si no era a través de las relaciones con las "naciones hermanas" de Latinoamérica. Asimismo un entendimiento con los vecinos inmediatos del Cono Sur era insuficiente: resultaba necesaria "la colaboración" con la "América autóctona", de fuerte raigambre indígena, desde Bolivia hasta Colombia.

Ugarte se declaró convencido de que en "esa gran concepción" habría de inspirarse la política argentina del porvenir.⁴⁴ A diferencia del nacionalismo restaurador, FORJA no puso el acento en el elemento hispanista del latinoamericanismo. Es que a partir de 1939 ello fácilmente podía ser confundido con una adhesión sectorial al francofalangismo. El argumento decisivo de los populistas se refería más bien a las realidades del siglo xx, que sólo permitían a Estados gigantes y a ligas de Estados la representación eficaz de sus intereses. En el marco de estas concepciones hubo intentos forjistas de organizar un congreso iberoamericano de estudiantes universitarios (1939), con el fin de proclamar conjuntamente "la voluntad unitaria del continente de lograr la realización de su propio destino, liberándose de todo tutelaje político y económico, vigente o futuro".⁴⁵ En cambio el panamericanismo de Washington fue denunciado como un instrumento del "imperio del Norte". La creciente cooperación de los pueblos en todos los terrenos garantizaría el éxito en la resistencia contra los "imperios dominantes" y allanaría el camino hacia los objetivos igualitarios del futuro. Este se entreveía con los rasgos de "una nueva forma de sociedad humana, sin opresores ni oprimidos y sin exclusivismos de sangre ni de raza".⁴⁶

La significación histórico-política del nacionalismo populista

Esta tendencia nacionalista fue, en un grado más alto que cualquier otra corriente política de su tiempo, un intento de encontrar respuestas argentinas a los problemas concretos de la "década infame", sin que esas respuestas significasen la negación de todos los ideales y convicciones de la generación anterior. El nacionalismo restaurador no puede ser explicado, en numerosos aspectos importantes de su desarrollo, ideología y organización, sin tomar en cuenta la función paradigmática que tuvieron para ese movimiento los modelos europeos. En otras palabras, sólo es comprensible en el marco de lo que Nolte llamó "la época del fascismo". Los centros de gravedad de las dos variantes nacionalistas argentinas eran muy diferentes. Y como se ha visto en los capítulos precedentes, sus interpretaciones de la realidad nacional y mundial no coincidían. En las ocho áreas conflictivas citadas en el apartado de págs. 205-229, sólo una presenta notables similitudes entre el enfoque restaurador y el populista. Sin duda se trataba de un tema muy importante: el de la común crítica a la dependencia económica, interpretada como obstáculo fundamental para el desenvolvimiento pleno de las potencialidades de nuestro país. Los contactos personales que se produjeron entre representantes de las dos corrientes tenían su base programática en este acuerdo, aunque prácticamente todos los participantes sabían que divergencias serias en otras cuestiones constituían una barrera que impedía la formación de un duradero frente común de los nacionalistas.

Ni siquiera existía un pensamiento único en el gran tema del "antiimperialismo". Para los restauradores filofascistas esa bandera era otro "argumento" tendiente a descalificar la democracia como "instrumento" de la dominación extranjera. Todo lo contrario opinaban los populistas, quienes consideraban a la oligarquía y al uriburismo como agentes de esa dominación, mientras que postulaban la participación popular masiva como base política de toda estrategia nacionalista. Por otra parte tampoco cabía una alianza del populismo con el comunismo, ya que este último sólo quería ver el expansionismo económico de las potencias occidentales, cerrando los ojos al hegemonismo ideológico y militar que crecía sin descanso en el seno de la supuesta "Patria de los trabajadores". Los forjistas afirmaron una y otra vez su convicción de que la Argentina y Latinoamérica toda debían distanciarse críticamente no sólo de los modelos anglosajones, sino también de novedades tan ajenas al espíritu de nuestras tierras como lo eran los regímenes fascistas y el Estado soviético.

En otros sentidos, las discrepancias con el nacionalismo restau-

rador resultan aun más evidentes. Mientras que éste se enfrentaba a los inmigrantes con desconfianza y a los judíos con odio, el populismo destacaba la natural integración nacional del "gringo" y rechazaba la tesis de la conspiración universal. Para los restauradores el ideal era el Estado centralizado, autoritario, "corporativo", con las facetas del clericalismo anacrónico de Salazar y Franco; para los populistas las exigencias nacionales se condensaban en el federalismo, la sociedad tendencialmente igualitaria y el Estado democrático.

En el decisivo problema de la legitimidad y la participación política de las masas, los populistas mantenían las convicciones básicas del yrigoyenismo. Pero puesto que el régimen argentino de aquellos años constituía el perfeccionamiento técnico de una seudodemocracia, se desarrolló en FORJA y en importantes sectores de la población una creciente desconfianza, incluso un desprecio, frente a las instituciones, "legales" pero no legítimas. Se trataba de una reacción perfectamente comprensible en el plano psicológico que también resultaba espiritualmente refrescante como aguijón crítico, pero al mismo tiempo debe advertirse que tal actitud no estaba exenta de posibilidades peligrosas para el futuro. Algunos de esos peligros se manifestaron luego en el gobierno peronista. En 1942 Jauretche había escrito estas frases lapidarias:

"Se ha confundido la defensa de la soberanía del pueblo con la defensa de las instituciones en que se ampara el Régimen (...) gobierno del pueblo sin instituciones, es mejor que gobierno de instituciones sin el pueblo."⁴⁷

Surgió así una contraposición entre "democracia del pueblo" y democracia "teórica" o "formal". Tales conceptos pueden servir como fructíferos puntos de partida para la búsqueda de formas de organización democrática novedosas y perfeccionadas, así como para formular propuestas reformadoras de la Constitución. Pero FORJA no se ocupó de desarrollos ulteriores de este tipo, por lo cual su crítica podía ser interpretada como una sobrevaloración romántica del papel de las multitudes. El entusiasmo renovador y revolucionario de un movimiento popular podía encontrar su expresión en estas ideas, como ocurrió con Yrigoyen en 1916 y con Perón en 1945-1946, pero ello no bastaba para darle solidez a la reforma del Estado. La mencionada falta de claridad tenía dos causas: 1) la actitud fundamentalmente pragmática del forjismo que otorgaba absoluta prioridad a sus objetivos "antiimperialistas"; 2) su firme convicción de que el pueblo, en elecciones libres, sabría darles respuesta adecuada a todas las cuestiones institucionales, consideradas relativamente secundarias. No se tenía entonces en cuenta la posibilidad —aunque ésta fuese sólo teórica— de que surgiese una democracia con modalidades intolerantes, en la cual podían ser afectados derechos legítimos

mos de la minoría. Retrospectivamente, Jauretche concedió en 1962 que FORJA, a pesar de su originalidad, no desarrolló una "doctrina institucional".⁴⁸ Esta ausencia era, por una parte, una fuente de flexibilidad política y, por la otra, un rasgo de ambigüedad no provisto de riesgos para el populismo.

No ocurría lo mismo con el neutralismo de FORJA. Esta posición expresaba el convencimiento de que ningún gran interés argentino o latinoamericano estaba en juego en la Guerra Mundial. Eso no quitaba que el forjismo fuese hostil al Nuevo Orden de los dictadores fascistas. Al comenzar el conflicto, los forjistas difundieron un volante en el cual destacaban la peligrosidad tanto del imperialismo económico británico, como del totalitarismo militar del Eje.⁴⁹ Las victorias alemanas de 1940 no alteraron esta postura: la "guerra imperialista" fue renovadamente condenada.⁵⁰ En su estilo sarcástico, Scalabrini Ortiz se preguntaba por qué deseaban los intervencionistas la movilización de los argentinos para la guerra europea, y no le daban en cambio la prioridad a la lucha por la democracia en el suelo patrio.⁵¹ No menos escéptico se mostraba este autor frente a los fines "ideales" y las pretensiones morales de los aparatos propagandísticos de los bandos en pugna:

"Para polarizar a los contendientes sobre cualquier sistema de ideas, debería reagruparseles. (...) Los Estados autoritarios y reformadores, Alemania, Rusia e Italia son rivales enconados. La China miserable y depauperada se bate junto a los Estados Unidos opulento y plutocrático. (...) La Rusia anticapitalista combate junto a los Estados plutócratas e imperialistas. La Alemania racista fraterniza con el campeón de la raza amarilla. (...) Los cristianos están aliados a los anticristianos para combatir a otros cristianos. Es el caos en su más alta expresión (...)."⁵²

Puede considerarse que esta perspectiva está excesivamente limitada por el "sacro egoísmo" nacionalista, pero es indudable que ella muestra un realismo político que no es posible hallar en la corriente restauradora. Los populistas se hicieron de muchos enemigos con una posición tan heterodoxa —luego se la llamaría "tercerista"— y hasta hoy ello ha influido en los juicios negativos que la bibliografía anglosajona suele dedicar al populismo argentino. Sin embargo, si se tienen en cuenta las condiciones de aquel momento histórico —todavía se ignoraba en nuestro país el horror de Auschwitz y Treblinka—, el escéptico neutralismo de los forjistas se hace plenamente comprensible.

Para una caracterización global de los dos nacionalismos del período 1932-1943 todavía conviene hacer las siguientes reflexiones. La corriente restauradora permaneció fiel —en lo esencial— a su origen uriburista. Ella se manifestó como la expresión extrema de una mentalidad defensiva, es decir, de la angustia de quienes se sentían

amenazados por los fenómenos típicos de la modernidad: movilidad social, espíritu crítico, democracia de masas, sindicalismo, etc. Los restauradores soñaban con una "revancha" del pasado y sostenían posiciones antidemocráticas y antiliberales que copiaron de determinados modelos europeos. El nacionalismo populista surgía de una mentalidad muy diferente: con una orientación optimista hacia el futuro, sus adherentes destacaban las tendencias emancipadoras del mundo contemporáneo y exigían la instauración de una sociedad justa. Mientras el nacionalismo restaurador había puesto sus más caras esperanzas en una victoria del Eje, los populistas se sintieron seguros de que tarde o temprano las multitudes argentinas habrían de realizar su programa. Ya en 1939 Taborda había hablado de la "hora del pueblo" que se acercaba.⁵³ Y en julio de 1942 Jauretche escribió:

"El año que viene esa Argentina joven y vigorosa va a ponerse en marcha (...)."⁵⁴

NOTAS

- ¹ Para este capítulo pueden consultarse las obras siguientes: N. Galasso: *Vida de Scalabrini Ortiz*, Buenos Aires, 1970; M. A. Scenna: *Forja, una aventura argentina*, Buenos Aires, 1972 (2 vols.) y Arturo Jauretche: *Forja y la Década Infame*, Buenos Aires, 1974.
- ² Véase J. M. Rosa (h.): *Historia Argentina...*, XII, págs. 46-50, y José L. Torres: *La década infame*, Buenos Aires, 1945, págs. 28-30.
- ³ Véase P. J. Hernández: *Conversaciones con José M. Rosa*, Buenos Aires, 1978, págs. 74-75.
- ⁴ Carta a J. Abalos (9 de julio de 1942), cit. en A. Jauretche: *Forja...*, pág. 142.
- ⁵ *Ibid.*, págs. 68 y 79.
- ⁶ Manuel Ugarte: *El destino de un continente*, Madrid, 1923, págs. 313-314, y M. Ugarte: *La Nación Latinoamericana* [Selección de textos, Prólogo, Notas y Cronología de N. Galasso], Caracas, 1978, pág. 48 (de un escrito inédito de 1940).
- ⁷ A. Jauretche, cit. en M. A. Scenna: *Forja...*, t. I, pág. 153.
- ⁸ Raúl Scalabrini Ortiz: *Cuatro Verdades sobre nuestra crisis* (diversos artículos), Buenos Aires, s.f., pág. 27.
- ⁹ "Declaración..." (29 de junio de 1935), en A. Jauretche: *Forja...*, pág. 87.

- ¹⁰ Ernesto Palacio: *La historia falsificada*, Buenos Aires, 1960 (1a. ed. 1939), pág. 55.
- ¹¹ V. citas y comentarios en F. Chávez: *Civilización y barbarie en la historia de la cultura argentina*, Buenos Aires, 1974, págs. 116-120.
- ¹² Véase R. Doll: "Acercas de una política nacional", en BPNA V, págs. 91-92 y 141.
- ¹³ Manuel Gálvez: *Vida de Don Juan Manuel de Rosas*, Buenos Aires, 1949 (1a. ed. 1940), pág. 487.
- ¹⁴ "Declaración...", en A. Jauretche: *Forja...*, pág. 88.
- ¹⁵ "Radicalismo y nacionalismo", *ibid.*, págs. 141 y 145-146.
- ¹⁶ M. Gálvez: *Vida de Hipólito Yrigoyen*, Buenos Aires, 1951 (1a. ed. 1939), pág. 382.
- ¹⁷ Bruno Jacovella: "La oligarquía, las ideologías y burguesía", en *Nueva Política*, 3, agosto de 1940, págs. 11-13.
- ¹⁸ V. "La tradición argentina", en *Nueva Política*, 3, agosto de 1940, págs. 13-15.
- ¹⁹ R. Scalabrini Ortiz: *Cuatro Verdades...*, pág. 71.
- ²⁰ Manifiesto (1943), en A. Jauretche: *Forja...*, pág. 152.
- ²¹ *Ibid.*, pág. 62.
- ²² Alonso Baldrich: *El Problema del Petróleo y la Guerra del Chaco*, Buenos Aires, 1934, págs. 37-38.
- ²³ Véase A. Jauretche: *Forja...*, págs. 136 y 144.
- ²⁴ *Ibid.*, págs. 87 y 92 (documentos del 29 de junio y 2 de setiembre de 1935). En un artículo de 1931 M. Ugarte ya había interpretado la historia de toda América Latina como la de una suma de autonomías nacionales "nominales", detrás de las cuales se ocultaban "las oligarquías" y los imperialismos anglosajones en común ejercicio de una dominación "semiplutocrática" y "semifeudal". (M. Ugarte: *La Nación Latinoamericana*, pág. 159.)
- ²⁵ A. Jauretche: *Forja...*, págs. 91-92.
- ²⁶ Hoja de propaganda (1937) en A. Jauretche: *Forja...*, págs. 111-112.
- ²⁷ José M. Rosa (h.): *Defensa y pérdida de nuestra independencia económica*, Buenos Aires, 1967 (1a. ed. 1943), págs. 172-174.
- ²⁸ V. "Empezar por el principio" (*Reconquista*, 15 de noviembre de 1939) cit. en M. A. Scenna: *Forja...*, I, pág. 360. También. R. Scalabrini Ortiz en *Señales*, 8 de abril de 1936, cit. en N. Galasso: op. cit., pág. 246.
- ²⁹ Véase R. Scalabrini Ortiz: *Política británica en el Río de la Plata*, Buenos Aires, 1937, pág. 41.
- ³⁰ Para este problema véase José L. Torres: *Los Perduellis-Los enemigos internos de la Patria*, Buenos Aires, 1973. (1a. ed. 1943), págs. 107-125 y R. Scalabrini Ortiz: *Política británica...*, págs. 186-198.
- ³¹ *Ibid.*, pág. 43.

- ³² A. Jauretche: *Forja...*, pág. 144.
- ³³ *Ibid.*, pág. 87.
- ³⁴ S. Taborda: *La crisis espiritual y el ideario argentino*, Santa Fe, 1933, pág. 101.
- ³⁵ Declaración de los universitarios forjistas (1940), en A. Jauretche: *Forja...*, pág. 119.
- ³⁶ *Ibid.*, pág. 136.
- ³⁷ Manifiesto de la Unión Federalista Revolucionaria Argentina de Córdoba (organización forjista), cit. en M. A. Scenna: *Forja...*, t. II, pág. 448.
- ³⁸ S. Taborda: op. cit., pág. 106.
- ³⁹ A. Jauretche: *Forja...*, pág. 87.
- ⁴⁰ *Ibid.*, pág. 146.
- ⁴¹ Véase R. Scalabrini Ortiz: *Política británica...*, págs. 301 y 309-310. También J. L. Torres: *Los Perduellis...*, pág. 252.
- ⁴² Declaración de mayo de 1941, en A. Jauretche: *Forja...*, pág. 131.
- ⁴³ *Ibid.*, pág. 147.
- ⁴⁴ M. Ugarte: *El destino...*, pág. 318.
- ⁴⁵ A. Jauretche: *Forja...*, pág. 119.
- ⁴⁶ *Ibid.*, págs. 130-131.
- ⁴⁷ *Ibid.*, pág. 136.
- ⁴⁸ *Ibid.*, pág. 22. Este "vacío" de reflexión política se presenta también en la obra de Ugarte. Defensor de la democracia y de los derechos del ciudadano en numerosos escritos, llegó a soñar en 1940 con un gobierno "fuerte", capaz de servir al cambio liberador en América: "El autoritarismo es durable y creador cuando se pone al servicio de un alto ideal, pero los gobiernos imperiosos, en Iberoamérica, rara vez persiguieron un fin superior". Le quedaba una cuota de sano escepticismo que debía servir como advertencia contra desviaciones posibles (M. Ugarte: *La Nación Latinoamericana...*, pág. 50).
- ⁴⁹ A. Jauretche: *Forja...*, págs. 113-114 (Hoja volante de 1939).
- ⁵⁰ *Ibid.*, pág. 119.
- ⁵¹ En *Reconquista* (11 de diciembre de 1939), cit. en N. Galasso: op. cit., págs. 317-318.
- ⁵² "La gota de agua" (agosto de 1942), en R. Scalabrini Ortiz: *Yrigoyen y Perón*, Buenos Aires, 1972 (diversos artículos), pág. 85.
- ⁵³ Recuerdos personales del profesor doctor Gonzalo Casas, en una charla del 8 de diciembre de 1979.
- ⁵⁴ A. Jauretche: *Forja...*, pág. 144.

IV

El Peronismo (1943-1955)